
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi.

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Luis Baliña</i>	3	Editorial: rol cultural del testimonio
<i>Martín Grassi</i>	9	Hermenéutica y metafísica del testimonio
<i>Francisco Bastitta Harriet</i>	21	Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera
<i>Paola Delbosco</i>	27	Ser madre
<i>Adolfo Mazzinghi</i>	31	Johannes Vermeer de Delft: El pintor como testigo
<i>Robert Vorholt</i>	43	Testimonio y martirio
<i>Andrés Di Ció</i>	55	El escándalo: del anti-testimonio al testimonio
<i>Emmanuel Housset</i>	67	Dar testimonio y recibir el testimonio
<i>V. Neckebrouck</i>	79	Testimonio de la palabra y testimonio de la vida
<i>Mariana C. Facciola</i>	91	Reflexiones desde los márgenes
<i>Philippe Richard</i>	95	Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad

DAR TESTIMONIO y RECIBIR EL TESTIMONIO

*Emmanuel Housset**

El testimonio es uno de los modos de nuestra existencia cotidiana; es esa confianza que puedo tener en las palabras del otro y el otro en las mías sin la que sería imposible convivir. En esto, el testimonio amplía el horizonte de nuestra experiencia a todo aquello en lo que no podemos estar presentes: creo, por la palabra del otro, en el relato de tal acontecimiento y por esto mismo no estoy limitado sólo a mi experiencia directa, lo que me encerraría en una soledad radical. Por esto mismo, mi memoria no es sólo mi memoria y aquel para quien la infancia estuvo marcada por los relatos de los sobrevivientes del “*Chemin des Dames*”** participa por procuración en este drama constitutivo de su memoria que, para él, no pertenece todavía a la historia. Efectivamente, el testimonio recibido marca la diferencia entre memoria e historia, y por el testimonio nuestra experiencia se extiende hasta donde lo hacen nuestros encuentros en una extraña participación directa-indirecta. No se trata de ser ingenuo y tomar todo al pie de la letra, pero esto no impide saber que el relato es recibido en la confianza y que en esta confianza no soy simplemente un observador crítico que permanece exterior a lo que se relata, sino que,

* Emmanuel Housset (1960), casado, cuatro hijos. Profesor de Filosofía en la Universidad de Caen Basse-Normandie (UCBN) y director del equipo de investigación *Identidad y subjetividad* (2129). Publicó entre otros libros *Lintelligence de la pitié. Phénoménologie de la communauté.*, Cerf, 2003

** Batalla de la Primera Guerra Mundial (N del T).

por el contrario, estoy allí donde la acción se produce con un lazo intuitivo totalmente particular. En el mismo orden, la fuerza de ciertas novelas reside en su capacidad de hacernos participar, al menos un poco, en lo innombrable de la historia, darnos al menos un breve surgimiento de lo real que ningún libro de historia objetivador del pasado puede hacer presente. Por el testimonio, lo que no he vivido puede poseer al menos una dimensión intuitiva que constituye su realidad. En consecuencia, no testimoniar y no recibir el testimonio aislaría radicalmente a unos hombres respecto de otros y la misma posibilidad una vida común quedaría cuestionada.

De este modo, el testimonio compromete lo que hemos de ser más que cualquier conocimiento puramente teórico en sí mismo, porque con él nos comprometemos en situaciones concretas de la existencia en las que nuestra vida es inseparable de la de los otros. Esta es la paradoja inicial de una reflexión sobre el acto de testimoniar: por un lado, soy yo el que doy testimonio y recibo el testimonio, y por otro, el sujeto del testimonio siempre es un “nosotros” porque es por los otros y para los otros que es posible testimoniar.

Dar testimonio en un mundo profano

A partir de esta preocupación, es necesario subrayar la relación entre un mundo europeo (en sentido no geográfico) cada vez más profano y la valoración cada vez más intensa de la determinación del hombre como sujeto autónomo y solitario que, solo, debe responder absolutamente de sí mismo, incluso, a veces, de su derecho a ser. La ética moderna es indisociable del espíritu del liberalismo según el cual la dignidad se encuentra ligada a la capacidad de ser un *self-made man*, un sujeto creador de sí mismo y separado de los otros en un mundo totalmente fragmentado. En esta comprensión del hombre que puede incluir la concepción vulgar, es decir solamente jurídica, del testimonio como simple relato a verificar, no hay co-presencia de los hombres entre sí sino una simple yuxtaposición

de historias separadas que, a veces, se entrechocan. En este atomismo espiritual, el sentido fuerte del testimonio, tal como se desarrolló a partir del *Nuevo Testamento*, es, quizás, lo que se ha hecho más difícil de sostener.

En efecto, en el sentido neotestamentario de la fe religiosa, el testimonio no consiste ya solamente en ofrecer un relato lo más verídico posible de lo que ocurrió o en tener confianza en las palabras del otro, puesto que esta significación epistemológica y jurídica deja paso a una significación más existencial según la cual testimoniar es sostener con su vida entera la verdad. En esto, el testigo no es un sujeto autónomo que decide acerca del sentido de las cosas y pone todas las cosas a su disposición sino que es el ser que se expone enteramente a una verdad que él no produce y de la que no es la medida. El mártir no es una persona que cuenta historias sobre el mundo sino aquel que, en la fe religiosa, da su vida por la verdad. Para el cristiano de hoy, hay una cruz de la modernidad que proviene de tener que dar testimonio de Dios en un mundo secularizado. Por un lado, el hombre se encuentra invitado por el mundo a convertirse en un observador crítico, distante, lo más objetivo posible a fin de poder, en un sueño de omnipotencia, actuar cada vez mejor sobre el mundo. Por otro lado, el creyente es este ser carnal que, en su fragilidad y su finitud, intenta existir, encarnarse, en una verdad que lo sobrepasa. Esto dicho, sería posible objetar que esta oposición cada vez más viva entre el proyecto hercúleo de un dominio total de sí y del mundo y el proyecto cristiano de participar de la Revelación dando testimonio de Dios a través de su vida, es, igualmente, lo que libera a la fe religiosa de sus lazos con el mundo.

La idolatría de sí mismo por parte del hombre, ya descrita por San Agustín como la más grave de las tentaciones, toma hoy formas muy poderosas, y esto hace difícil la conversión, pero, sin embargo, el contraste radical entre esos dos modos de existencia humana hace menos fácil la confusión entre ellos. Sea como sea, la dificultad de creer, la dificultad de dar testimonio del Espíritu en el tiempo presente, no se debe, quizás, a lo que los análisis histórico-sociológicos

denominan la descristianización en la medida en que ella misma no es más que una consecuencia. En efecto, si es muy arduo dar hoy testimonio del Creador tanto como escuchar a los testigos de la historia sagrada, esto se debe al encierro en representaciones que bloquean todo acceso a lo real. Cómo dejarse tomar por el acontecimiento de Cristo cuando ya el mundo no se encuentra más, sino que desfila ante nosotros ya interpretado y encuadrado por expresiones totalmente construidas en las pantallas de nuestros televisores, de nuestras computadoras y de nuestros teléfonos. Sobre todas estas tabletas, el mundo no es más un objeto de espectáculo y el hombre moderno, vagando como un sonámbulo de una página a otra, de una ventana a otra, conectado con todo y embriagado en su poder, no vale más que las vacas mirando pasar los trenes que van cada vez más rápido, o enredado en la tela no sea más que una presa que se imagina libre.

Sin seguir hilando metáforas, basta indicar que no es la secularización la que es peligrosa para la fe, sino la banalización del mundo en la que todo objeto se ve reducido al uso del que es susceptible. La sociedad misma no es más que una reunión de “prestadores de servicios”, individuos sustituibles, y en esta fragmentación —que alcanza al mismo yo— no es más una comunidad de personas sino alguien que perdió ya todo deseo de convertirse en una comunidad. El peligro aquí no es, sin duda, el de la disolución del mundo meditado por Husserl y Levinas, sino por el contrario el de su coherencia demasiado grande de imagen construida que ahoga la voz de las cosas y la voz de cada persona. Testimoniar es recibir el testimonio, es intentar romper esta imagen construida del mundo con el fin de poder volver al origen divino del sentido del mundo.

Obrar y contemplar para convertirse en signo de Cristo

Importa, pues, precisar el significado pleno del testimonio en la medida en que la Iglesia está constituida por el encadenamiento de testimonios pasados, presentes y futuros y no por la simple instaura-

ción-reactivación de actos teóricos propios de la historia de las ciencias. Es posible testimoniar por los testimonios pasados, pero el cristiano da testimonio, en primer lugar, para suscitar testimonios futuros. Desde esta perspectiva, el testimonio de la fe no es posible sin la racionalidad y un testimonio que no intentara comprender no valoraría la fe. De este modo, contra una idea tal vez muy propagada y que corresponde a un tipo de actitud natural y de creencia originaria casi imposible de apartar totalmente, el testimonio no consiste en contar la propia vida, en hablar de sí mismo, como lo muestra San Agustín distinguiendo en las *Confesiones* tres sentidos diferentes de la confesión: el testimonio de la fe, la confesión de los pecados y la alabanza de Dios.

La palabra de confesión es un renacimiento que consiste en responder al llamado de Dios, y el objeto del testimonio no es “el yo”, este becerro de oro de la modernidad. Por lo tanto, es más que necesario luchar hoy contra la subjetivización del testimonio que conduce a la auto-idolatría de una palabra en la que el yo hace el llamado y la respuesta, y que no es más que una forma de parloteo en el que el individuo se escucha a sí mismo estando sordo a todo lo que no es él. Hay que separarse totalmente de esta idea devastadora de que el testimonio podría evitarnos el trabajo paciente de reflexión sobre la palabra de Dios, posibilitando una suerte de presencia inmediata de Dios. No hay por qué separar, en el largo trabajo del testimonio, la acción de la contemplación: el hombre da testimonio porque obra contemplando la verdad y porque contempla la verdad obrando. El que explica y argumenta da testimonio de la Palabra tanto como el que acepta padecer el martirio. Por lo tanto, es absurdo oponer un camino corto de acceso a Dios, que sería el testimonio, a un camino largo que sería la reflexión: Cristo es el camino y en este caminar se necesita comprender y obrar.

Así se devela el verdadero sentido del testimonio: el testimonio es, ante todo, un respeto a lo que se manifiesta tal como se manifiesta y esto porque la fuerza del testimonio viene de aquello de lo que se da testimonio. Este respeto no está ligado a una relación distante, sino a un compromiso de toda la persona que está expuesta a la ver-

dad y que la lleva al mundo. Desde este punto de vista, el testigo no está atento a la preocupación por sí mismo atestiguando una verdad que lo desborda y que no le pertenece. El testigo no posee la posición confortable del sujeto epistemológico, que, desde el amparo de su trascendencia, genera actos teóricos, y su respeto consiste, por el contrario, en no querer forzar a la verdad que lo llama dejándola decirse por ella misma. En esto, hay que reconocer que lo propio del testigo es “dar su vida”, no en el sentido en que cada vez padecería el martirio, sino en el sentido en que deja que otro, un acontecimiento, la Revelación, se diga a través de él. Aquí también, las representaciones de las ciencias son peligrosas, pues del mismo modo que el objeto del testimonio no podría ser puro y simple, el sujeto que da testimonio no es tampoco esta abstracción, producto de la imaginación, un ser intelectualmente y moralmente puro, y siempre es a partir de nuestra existencia concreta, es decir, oscura, finita y frágil, que damos testimonio. En consecuencia, dar testimonio de la fe requiere igualmente liberarse de este ideal de la modernidad de una purificación cada vez mayor de la voluntad. El testimonio no pide una voluntad pura, humanamente imposible y moralmente discutible, porque la fuerza del testimonio viene de Cristo mismo que envía. De la misma manera que el poeta se deja tocar, transformar y enviar por la palabra del mundo, el bautizado como testigo verídico consiente en devenir la voz que anuncia al Verbo. Se trata de convertirse en signo de Cristo que viene¹.

Dar testimonio del Espíritu en lo finito

El objeto del testimonio, por lo tanto, lleva en sí una prescripción y es especialmente en esto que una obra de arte es un testi-

¹ Ver los análisis de Jean-Louis Chrétien en *Saint Augustin et les actes de parole*, Paris, PUF, 2002, capítulo XII *Témoigner*, especialmente págs. 143-144. Ver también “Neuf propositions sur le concept chrétien de témoignage”, revista *Philosophie* n° 88, diciembre 2005, “le témoignage”, págs. 75-94.

monio: *Los Miserables* de Victor Hugo es una novela que no sólo narra una época terminada para provocar una suerte de empatía con el pasado que se escapa y tampoco el testimonio es simplemente una manera de paliar la huida del tiempo. No se trata, pues, de reducir esta novela a una historia particular especialmente edificante y Victor Hugo no se propone moralizar construyendo un modelo de virtud. En esta obra se trata de testimoniar lo que significa “ser un hombre” y, de este modo, el lector se convierte en un testigo de la humanidad. Kierkegaard pudo mostrar con fuerza en qué, a partir de este modo de testimoniar acerca de la verdad, nuestra existencia entera se convierte en la tarea ardua de convertirse en sí mismo, recibiendo de la verdad misma la identidad, incluso cuando en nosotros nunca habrá identidad entre el yo y la misión. En esto el caballero de la fe no es un guía, ni un juez, sino solamente un testigo capaz, a partir de una libre decisión de Dios, de salir de sí mismo para abrirse al otro en el amor al prójimo². De este modo, es el objeto del testimonio el que hace al testigo y no el testigo quien construye a aquello de lo que da testimonio, en la medida en que es siempre del Espíritu de quien damos testimonio. No certificamos que una señal luminosa de tránsito funciona del mismo modo en que damos testimonio del Espíritu, puesto que dar testimonio consiste en hacerse cargo de la palabra del Verbo que el individuo no puede contener.

Sin embargo, no implica que dar testimonio del Espíritu nos impida también dar testimonio de lo finito, sino muy al contrario: hay una dignidad de lo finito, de la vida cotidiana, que son también lugares de manifestación del Espíritu. Como hemos visto, el testigo no es un sujeto teórico animado por un proceso de idealización y, por lo tanto, por una exigencia de traspaso de toda finitud, sino que es un ser finito obrando en el mundo y consciente de que su humanidad no se juega en una lejanía indefinida sino en los detalles de la vida cotidiana. Una vez más, testimoniar no consiste en recibir o en observar

² Ver mi obra, *L'intériorité d'exil. Le soi au risque de l'altérité*. Paris, Cerf, coll. La nuit surveillée, 2008, capítulo VII *Témoignage et intériorité selon Kierkegaard* y capítulo VIII *L'objet du témoignage*.

pasivamente el mundo con la indiferencia de un espectador exterior, sino que conduce a comprometerse enteramente, en la propia facticidad y finitud, buscando interpretar y comprender, estar allí para el mundo y para el otro en la conciencia de las propias insuficiencias. De este modo, el testigo no es un héroe, ni un genio, sino un hombre humilde que, escuchando la Palabra oye igualmente al mundo e intenta hacerse oído de Dios que espera pacientemente y no se apresura a juzgar. El testigo obra y explica hasta donde puede, y cuando no puede obrar más ni explicar, habla a su prójimo de Dios: se da testimonio de Dios a otro hombre dando testimonio a Dios del otro y esta reversibilidad no puede producirse sino en Dios que es el amor mismo. Esta es la manera propiamente humana de existir: no se da testimonio del Espíritu sino testimoniando a la vez de su inserción temporal.

Como lo muestra San Agustín, la visión intelectual, que es, al mismo tiempo amor a la verdad, hace posible la visión sensible y sólo el que ve la caridad puede ver en el otro al prójimo y puede llevarle el testimonio y recibirlo de él.

La lentitud del testimonio

Todos los análisis precedentes muestran que creer es dar testimonio y que la fe no es una pura pasividad. Si Dios da la fe, si llama al hombre, todavía resta que el hombre responda libremente a su llamado, y esta respuesta a Dios no es automática ni inmediata. No sólo el cristiano permanece como testigo que recibe y que, si bien puede progresar en la inteligencia de la Palabra, no podrá nunca, en el sentido propio, comprenderla, porque ella lo desborda infinitamente, pero, por otro lado, resiste a la Revelación, desarrolla estrategias de fuga para, al menos, retardar esta respuesta, como Pedro que prefiere huir en el anonimato antes que atestiguar su pertenencia a Cristo. Todos somos Pedro o Jonás eludiendo primero nuestra responsabilidad de testigos, y esto muestra que la inmediatez no es un requisito absoluto en la respuesta al llamado de Dios y que Dios sabe ser paciente con el hombre.

El claroscuro de la vocación³ no responde solamente a la imposibilidad de captar en toda transparencia lo que se espera de mí sino también a la debilidad de mi voluntad, que la conduce en primer lugar a huir del llamado, aunque más no fuera retardando su interpretación. Si bien dar es dar con prontitud (1 Tim 6, 18), hay que decir con premura que Cristo resucitó (Mt 28,7), pero no se trata sin embargo de contentarse con reaccionar desordenadamente. El Buen Samaritano no se precipita sino que obra con prudencia y discernimiento. El corazón del hombre es lento para creer (Lc 24, 25), pero esta lentitud es el camino mismo de la respuesta humana al llamado de Dios, quien es lento para la cólera. Es por la paciencia de su respuesta como el hombre salva su alma (Lc 21, 19).

La dificultad para creer hoy depende, sin duda, de la incapacidad relativa de soportar esta lentitud del testimonio en un mundo donde los medios técnicos nos permiten ser “reactivos” actuando inmediatamente a partir de lo primero que aparece, al mínimo signo de llamado. En cierto modo, la inmediatez de la reacción (más que de la respuesta) corresponde paradójicamente a una voluntad de anonimato, a una repulsión por todo aquello que exige compromiso y paciencia, y es por esto que el testimonio es particularmente difícil. En esta época en que el ideal de la humanidad es quererse absolutamente a sí misma, no nos gusta esperar porque preferimos el anonimato de la hiperactividad al hecho de ser iluminados por el objeto mismo del testimonio. Podemos decir que el hombre que vive de prisa manipula todo, a veces con destreza, pero que no tiene manos porque no vive del encuentro y no se expone a aquello de lo que debe dar testimonio. La paciencia, como capacidad de cuidar con calma y fielmente todo aquello de lo que hemos de dar testimonio, no es más una virtud de nuestra época particularmente impaciente porque quiere desligarse de toda tarea antes de haber comenzado con ella. La precipitación es una manera de no dejarse tomar, tocar y tapar el llamado con el bullicio de su verborragia. Esta ilusión de una inmediatez posible lleva

³ Ver mi obra, *La vocation de la personne*, Paris, PUF, 2007, capítulos XI y XII.

a sustituir con el fuego de la hojarasca del entusiasmo a la lentitud del testimonio, quien es el único en revelar la radicalidad y la efectividad de la conversión. En este mundo de la comunicación “en tiempo real”, es decir sin plazos, sin tiempo, conviene desconfiar particularmente de una fe que no atravesara el fuego de la duda, de las vacilaciones, incluso de las huidas y de las renunciaciones, incluso si el impulso primero puede, por cierto, llegar a nuestras vidas súbitamente, como por efracción. El Espíritu puede llegar como un ladrón durante la noche, pero, después, el corazón del hombre debe velar con paciencia.

Escuchar la verdad y hablar a partir de la verdad

Sin embargo, la dificultad del testimonio cristiano es de toda época, incluso si reviste hoy una forma particular que hay que identificar para comprender nuestro presente, y esta dificultad consiste en intentar no testimoniar para nuestra propia gloria en el mundo sino por Dios y ante Cristo que es el testigo verídico. Por ello, el testimonio no encuentra su fuerza en el hombre y en su capacidad de ajustarse a normas ideales. La perfección del testimonio no puede ser pensada a partir de la santidad, tal como es descrita por Kant como un acuerdo perfecto de la voluntad con la ley moral, sino que sólo se deja comprender como una existencia ante Dios, que es quien únicamente le da su estabilidad. De este modo, el testigo es aquel que logra permanecer firmemente cerca de aquello que se manifiesta, en la conciencia de su finitud y de su impotencia.

Así la conversión propia del testimonio consiste en comprender el mundo a partir del Verbo en el olvido del sí-mismo y en la continuidad del dar a entender la voz del Verbo en medio de la desesperación. No es cuestión, entonces, de consolar con una piedad peligrosa, sino de reconducir al hombre sufriente a la Palabra que puede salvarlo del absurdo. La altitud del testigo, para hablar con Levinas, es, a la vez, su propio enraizamiento en el mundo: es el que guarda el Libro abierto en medio de los sufrimientos del mundo y

que trata de salvar de la desesperación, reconduciendo a los hombres al origen divino del sentido⁴.

La vía del testimonio es también la vía de la humildad que preserva de una recaída en el moralismo. Entonces, es posible comprender al testimonio como la actividad humana de sustitución, que no consiste en ponerse en el lugar de otro sino en vivir para otro. En efecto, el testimonio como acto de ver por los ojos de la fe en la conciencia de ser visto por Dios, hecho posible por el testimonio del Espíritu en nuestra intimidad, puede ser considerado como la manera de vivir para otro y no para sí. Creer se convierte, entonces, en intentar vivir según esta sustitución en la conciencia de que el único verdadero testimonio viene de la verdad misma y que es una sola y misma cosa amarla y transmitirla.

Se trata, entonces, de una tarea de incorporación del Espíritu en una fidelidad carnal a la Revelación: el que acepta recibir el testimonio del Espíritu se convierte él mismo en testigo y en su misma confianza es contemporáneo de la Revelación. Justamente, porque el testigo no habla a partir de sí mismo sino a partir de la verdad de la que da testimonio, la sustitución no pone en cuestión la libertad de otro sino que, al contrario, la libera. Desde este punto de vista, todo hombre vive de un doble testimonio: el del Espíritu en su corazón, el de los otros hombres que encarnan al Espíritu. En esto, el testimonio como acto de decir y de encarnar la verdad de Dios ocurre en el mundo y para el mundo. La sustitución no es otra cosa que este pasaje de una existencia reflexiva, para sí, a una existencia para otro, transitiva.

Como Emmanuel Levinas pudo mostrarlo⁵, la simple simpatía no es la sustitución, en la medida en que esta responsabilidad de otro no es lo que el sujeto se da, sino aquello a lo que el hombre puede consentir. Creer es, entonces, esta confianza en el Espíritu por la que puedo soportar la alteridad de otro hombre no como una carga que li-

⁴ Ver de Catherine Chalié, *Kalonymus Shapiro rabin au ghetto de Varsovie*, Arfyuen, 2011.

⁵ *Autrement qu'être ou au-delà de l'essence*, 1986, pág. 147

mita mi poder, y comprender la paciencia como un lugar donde me puedo revelar manifestando al Espíritu. En esta actitud que es la creencia, dejo a mi finitud convertirse en espacio de revelación de Dios y a mi fragilidad ser transfigurada en fuerza de palabra y de acción en el mundo: dar testimonio es existir para otro a partir del acontecimiento de la Encarnación que, como lo destaca Santo Tomás de Aquino, nos instruye sobre la dignidad de la persona humana. De este modo, el objeto del testimonio no es más que el amor mismo que puede atestiguar en nosotros. Creer y dar testimonio no es otra cosa que transmitir la palabra de Dios a los otros hombres para que pueda ser suya hoy. Toda reflexión sobre el presente y el futuro del cristianismo no tiene sentido sino en función de este hoy de Dios que está en el origen de la temporalidad de la salvación. En consecuencia, recibir el testimonio y dar testimonio consiste en seguir la prescripción de San Pablo: que cada hombre exista ante Dios permaneciendo en la apertura de su llamado (1Cor 7, 24).

Tradujo Isabel Pincemin